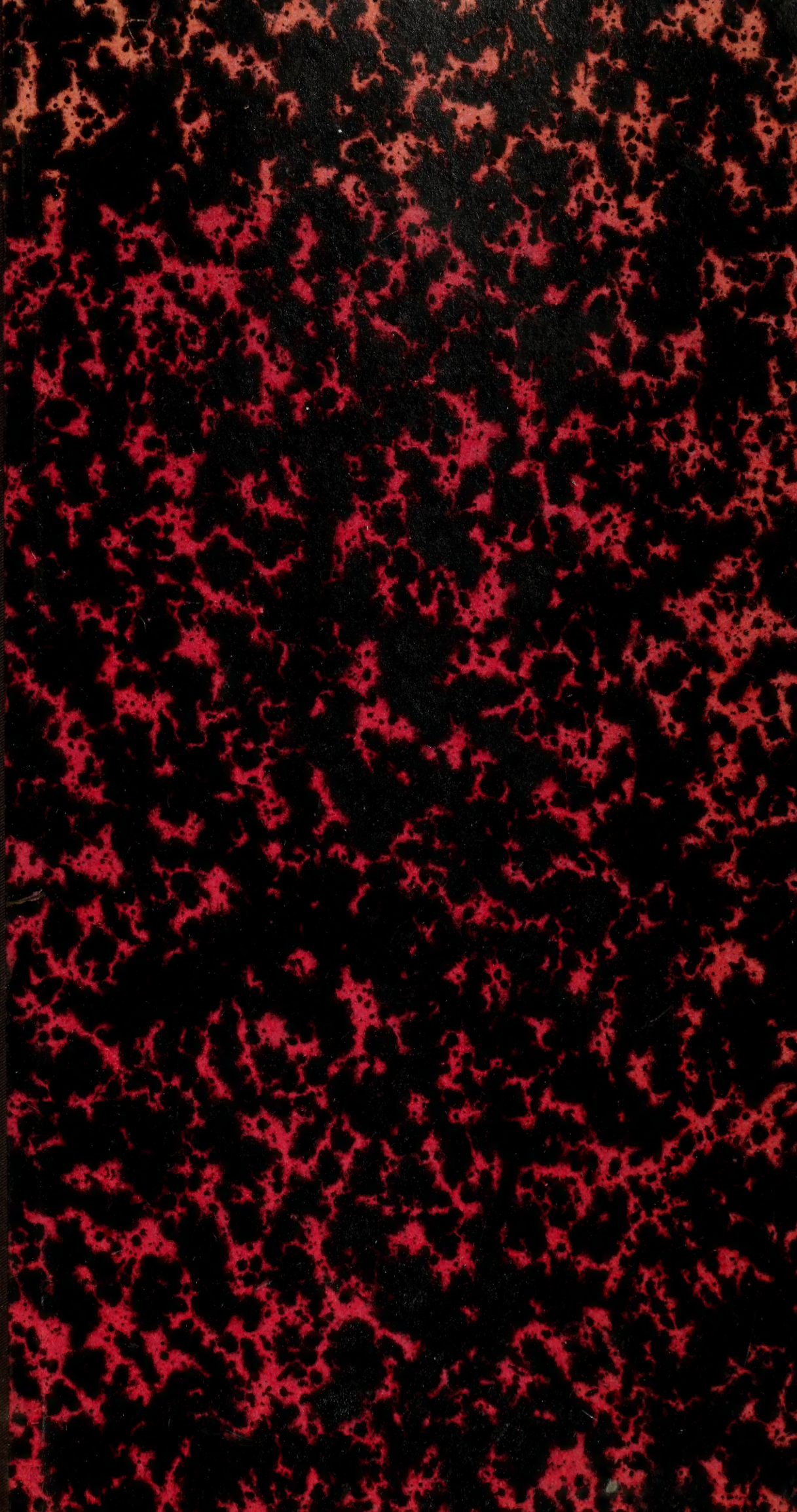




3 1761 08695409 6
















Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Toronto





SE LES MURHO.

A CERVANTES?



¿SE LEE MUCHO  
Á CERVANTES?

## Obras cervantinas del mismo autor

- Cervantes y la Universidad de Osuna*: estudio histórico-literario. (Extracto del *Homenaje á Menéndez y Pelayo*.) Madrid, 1899. Folleto en 4.º (Agotado.)
- Cervantes estudió en Sevilla (1564-1565)*: discurso leído en el Ateneo y Sociedad de Excursiones de la dicha ciudad, en la solemne inauguración del curso de 1900 á 1901. Sevilla, 1901. (2.ª edición, Sevilla, 1905.) Folleto en 8.º—Una peseta.
- El Loaysa de "El Celoso extremeño"*: estudio histórico-literario, Sevilla, 1901. Un tomo en 4.º (Agotado.)
- En qué cárcel se engendró el "Quijote"*: discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el día 8 de mayo de 1905. Sevilla, 1905. En 8.º (Agotado.)
- Cervantes en Andalucía*: estudio histórico-literario. Sevilla, 1905. Folleto en 8.º (Agotado.)
- Rinconete y Cortadillo*: edición crítica, honrada con el premio en certamen público extraordinario, por votación unánime de la Real Academia Española, é impresa á sus expensas. Sevilla, 1905. Un tomo en 4.º—8 pesetas.
- El "Quijote" y Don Quijote en América*: conferencias leídas en el Centro de Cultura Hispano-Americana. Madrid, 1911. Un tomo en 8.º—2 pesetas.
- El capítulo de los galeotes: apuntes para un estudio cervantino*: conferencia leída en un Curso de vacaciones para extranjeros, organizada por la Junta de Ampliación de Estudios. Madrid, 1912. Folleto en 4.º—Una peseta.
- El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*: edición anotada. (De la colección de *Clásicos Castellanos*.) Madrid, 1911-1913. Ocho tomos en 8.º—24 pesetas.
- Cervantes y la ciudad de Córdoba*: estudio premiado en los Juegos florales y certamen de aquella ciudad. Madrid, 1914. Folleto en 8.º—Una peseta.
- Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos*. (Obra publicada á expensas de la Real Academia Española.) Madrid, 1914. Un tomo en 4.º—5 pesetas.
- Novelas ejemplares de Cervantes*, edición anotada. (De la colección de *Clásicos Castellanos*.) Tomo I. Madrid, 1914. En 8.º—3 pesetas.
- Una joyita de Cervantes*. Madrid, 1914. Folleto en 8.º (Agotado.)
- Glosa del discurso de las armas y las letras del "Quijote"*: conferencia leída en el Centro del Ejército y de la Armada. Madrid, 1915. Folleto en 8.º (Agotado.)
- El Caballero de la Triste Figura y el de los Espejos: dos notas para el "Quijote"*. (Extracto del *Boletín de la Real Academia Española*.) Madrid, 1915. Folleto en 4.º (Agotado.)
- El andalucismo y el cordobesismo de Miguel de Cervantes*: discurso leído en los Juegos Florales de Córdoba la noche del 24 de mayo de 1915. Madrid, 1915. Folleto en 4.º—Una peseta.
- El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*: edición crítica y anotada. Madrid, 1916. Tomos I y II. Toda la obra (6 tomos en 4.º), sólo por suscripción, 60 pesetas.
- El doctor Juan Blanco de Paz*: conferencia leída en la Asociación de la Prensa de Madrid la noche del 1.º de abril de 1916. Madrid, 1916. En 4.º—Una peseta.
- El yantar de Alonso Quijano el Bueno*: conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 5 de abril de 1916. Madrid, 1916. En 4.º—Una peseta.
- Los modelos vivos del don Quijote de la Mancha (Martín de Quijano)*: conferencia leída en la Unión Ibero-Americana el día 12 de mayo de 1916. Madrid, 1916. En 4.º—1,50 pesetas.
- La cárcel en que se engendró el "Quijote"*: discurso leído en los Juegos Florales celebrados por el Ateneo de aquella ciudad el día 18 de mayo de 1916. Madrid, 1916.

119  
Rodríguez

1107

# ¿SE LEE MUCHO Á CERVANTES?

POR

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

~~~~~  
*Conferencia dada en la Escuela de Estudios superiores  
del Magisterio el día 28 de mayo de 1916*  
~~~~~



MADRID

TIP. DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS»

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185

1916

150153  
13/5/19

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

---

*Á mi querido amigo D. Agustín G. de Amezúa, habi-  
lísimo anotador del Coloquio de aquellos nobles perros de  
CERVANTES que, hablando admirablemente, dejaron el ladrar  
para algunos hombres.*

**Francisco Rodríguez Marín.**







EXCMO. SEÑOR: SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuanto en realidad de verdad, sin haber menester que lleguen fechas señaladas de aniversarios y centenarios, tenemos en grande estimación la veneranda memoria del Príncipe de los ingenios españoles y leemos y releemos sus inmortales obras, contemplando en ellas los claros fulgores del astro rey de nuestra literatura, nos hemos preguntado más de una vez: “¿Se lee mucho á CERVANTES? ¿Podría decir en nuestros días Sansón Carrasco, como dijo en otros, al tratar de la peregrina historia del famoso hidalgo manchego, que “los niños la”manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y “los viejos la celebran...?” Estas preguntas han dado asunto para mi conferencia de hoy, escrita en brevísimo plazo y cuya preparación apenas si ha requerido consultar libro alguno. Así, no temáis que canse vuestra atención disertando erudita y farragosamente: el recuerdo de unos cuantos sucesos anecdóticos que presencié, ó me contaron personas fidedignas, y tal cual sucinta reflexión acerca de ellos responderán á las antedichas preguntas. La consideración, pues, de que voy á molestaros poco tiempo se aúne con vuestra peculiar cortesía para que escuchéis con benevolencia mis humildes palabras.

Entro en materia desde luego. Iré enumerando las

obras de CERVANTES en orden inverso al de su popularidad.

*Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*, historia septentrional, novela póstuma cervantina, que, según su autor, “se atrevía á competir con Heliodoro”, no interesa hoy á los lectores del Septentrión, ni á los del Mediodía. Disculpa merece, por tanto, quien recientemente ha querido y creído *descubrir* esta obra (*cubierta* por la losa del olvido) ante los ojos del vulgo literario, que no la conocía ni de nombre. *Ni de nombre* digo, porque suelen estar tan poco familiarizados con ella hasta los que pasan por doctos, que de mano de un catedrático, no de Matemáticas ni de Química, sino de Literatura, la he visto citada así: *Pérsiles* y *SEgismunda*: con dos yerros en un título de tres palabras. Es visto, pues, que todavía no han pasado aquellos tiempos en que nuestro buen Hartzzenbusch se burlaba donosamente de los *esdrújulizantes*, escribiendo al principio de una de sus fábulas:

“Hay gente que dice *cólega*,  
Y *epígrama* y *estaláctita*,  
*Púpitre*, *méndigo*, *sútiles*,  
*Hóstiles*, *córola* y *áuriga*.  
Se oye á muchísimos *périto*,  
Y alguno pronuncia *mámpara*,  
*Díploma*, *erúdito*, *pérfume*,  
PÉRSILES, *Tíbulo* y *Sávedra*.”

Y es lo peor que quien, catedrático ó alumno, dice *Pérsiles*, da á entender que tampoco ha leído otra obra de CERVANTES, el *Viaje del Parnaso*, en cuyo capítulo IV mostró á las claras el incomparable escritor complutense cómo había de pronunciarse tal nombre. Veámoslo:

“Yo estoy (cual decir suelen) puesto á pique  
Para dar á la estampa al gran *Persiles*,  
Con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y *sotiles*,  
Dispuestos en sonetos de á docena,  
He honrado tres sujetos *fregoniles*.”

Mas, para consuelo de las contadas personas que no lleven en paciencia el oír que llaman *Pérsiles* á quien CERVANTES llamaba *Persiles*, y *Segismunda* á la que llamó *Sigismunda* quien pudo, no pasaré á tratar de otro libro sin manifestaros que cierto señor octogenario á quien conocí y traté desfiguraba graciosamente, por efecto de la edad caduca, el título de la historia septentrional cervantina, llamándola *Práxedes y Segismundo*, involuntaria y graciosa reminiscencia de nuestros famosos políticos los señores don Práxedes Mateo Sagasta y don Segismundo Moret.

No más que el *Persiles* se lee en nuestros días *La Galatea*, novela pastoril que no se acomoda á los gustos de hoy, y que, como ha dicho Fitzmaurice-Kelly, “sobrevive únicamente á causa de la nombradía de su autor”. La misma suerte ha cabido á las demás novelas de este género, y cuenta que hay algunas de mérito relevante.

Es bien sabido que de las muchas obras teatrales que compuso el autor del *Quijote* sólo se conservan sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*, impresos en 1615, y su tragedia intitulada *La Numancia*, que con la comedia *El trato de Argel* permaneció inédita hasta el año de 1784. Estas obras no son mucho más leídas que *La Galatea* y el *Persiles*: de las comedias pocos sujetos tienen puntualizadas noticias; los entremeses gustan más; pero, aun así, cuando nuestras compañías

teatrales, de tarde en tarde siempre, quieren honrar el nombre del *manco sano y famoso todo* representando alguna obra suya, suelen echar mano del entremés de *Los habladores...*, que no es de CERVANTES, ó, al menos, no consta que lo sea.

¿Qué pensaremos sobre leerse mucho ó poco el *Viaje del Parnaso*? Ya es harto mala señal que hasta personas que pasan por muy literatas no sepan á derechas el título de este lindísimo poemita. Llámanlo *Viaje AL Parnaso*, cosa que en gran parte se debe á estar intitulado así en muchas ediciones. ¿Queréis saber cuán poco se lee esta imitación amenísima del *Viaggio in Parnaso* de César Caporali? Haced una prueba: id preguntando á vuestros amigos y conocidos más cultos si les trae á la memoria algún recuerdo el sonoro nombre de *Pancracio de Roncesvalles*, y veréis como los más de ellos, mirando hacia arriba y poniendo la uña del pulgar bajo los dientes superiores, quedan en silencio un instante y luego os dicen: “No conozco á ese Pancracio.” Y por ahí echaréis de ver que los interrogados no sólo se quedaron en tierra cuando CERVANTES embarcó en aquella hermosa galera que, por extraña maravilla,

“Toda de versos era fabricada,  
Sin que se entremetiese alguna prosa”,

sino que, para remate, tampoco escucharon el sabroso coloquio que CERVANTES, vuelto de su fantástica expedición, tuvo con el simpático emisario de Apolo.

Y ¿qué os diré de las *Novelas ejemplares*? De algunas de ellas ni siquiera el título conoce el vulgo literario. Preguntad, cuando no se hable de CERVANTES, quién es el autor de una intitlada *La Fuerza de la sangre*, ó *Las*

dos doncellas, y no os lo sabrán decir. Conocen á *La Gitanilla* sólo por el título; tienen una remota y vaga idea de que *Rinconete y Cortadillo* eran dos pilluelos; han oído hablar, no recuerdan á quién ni dónde, de *El Licenciado Vidriera*: “uno que se encerró en una redoma” (histórico); saben que *La Ilustre fregona* fué escrita por *Quevedo* en una posada de *Valladolid* (también histórico); y, por lo que toca al *Coloquio de los perros*, oid, que es muy donoso, lo que me contó, habrá ahora siete ú ocho años, mi amigo don Eugenio Silvela, admirador tan apasionado de CERVANTES, que ni aun por hombres de bien tenía á quienes, habiendo seguido carrera científica ó literaria, no hubiesen leído á conciencia el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*.

Á raíz de la pérdida de las colonias—de las últimas colonias quiero decir, porque, por malos de nuestros pecados, perdiendo colonias estuvimos un siglo entero—, don Eugenio Silvela, que pasaba largas temporadas en cierta hacienda suya, recibía allí muchas visitas de pretendientes que necesitaban apoyo y recomendación. Estos pertenecían, en su mayor parte, á las carreras eclesiástica y judicial, y los más de ellos eran repatriados: ruedas ociosas de nuestra maquinaria social de allende los mares, á las cuales era menester ir encajando en la de la Península y sus islas adyacentes.

Por este tiempo, como una hermosa mastina de la hacienda estuviese criando dos cachorrillos, cuando llegó la hora de destetarlos y ponerles nombres, se les llamó por voluntad del señor Silvela al uno *Cipión* y al otro *Berganza*, en memoria de los dos famosos perros del Hospital de la Resurrección de Valladolid inmortalizados por la áurea pluma de CERVANTES, bien que tales motes des-

agradaron no poco al aperador de la finca, pues él habría preferido que se llamasen *Prim* el uno y *Sultán* el otro.

Andaban retozando en el caserío los dos perrillos gemelos, y ya acudían al oírse llamar por sus nombres, cuando, por no sé qué marejada política, creció de tal manera el número de los visitantes, que mi amigo, para atenderlos, se veía y se deseaba, sin ser el Narciso mitológico. Y, á fin de medir los grados de cultura de tanto y tanto pretendiente, dió en una muy ingeniosa flor: apenas le declaraban el motivo de la visita, antes que lo manifestasen del todo, salía con cualquier pretexto á la puerta de la estancia, gritando: “¡Berganza! ¡Cipión!”, y acudían incontinenti los dos perrillos. Silvela miraba al rostro á su interlocutor, y ¡nada!: los nombres de los cachorros no le habían causado impresión alguna: ¡estaba visto, pues, que el pretendiente no había leído á CERVANTES! En esta persuasión, Silvela sentía un soberano desdén hacia aquel hombre y deploraba que las tiránicas leyes de la cortesía no le permitiesen plantarle en mitad del campo.

Fueron pasando días y más días, y una temporada y otra, y mi amigo, cada vez que practicaba sin fruto su experimento, escandalizábase interiormente y repetía para su capote: “¿Es posible que sean españoles y hombres de carrera estos ignorantes, entre los cuales todavía no he tropezado ni uno á quien hagan mella en los oídos y en la memoria los nombres de los sabios perros de Mahudes? Y ¿se tendrán por cultos estos ceporros, que no han leído la mejor obra de CERVANTES, exceptuado el *Quijote*?”

Así estaban las cosas, cuando ved aquí que un día de aquellos fué á pedir recomendación á Silvela cierto ex

funcionario del orden administrativo, que había permanecido largo tiempo en la isla de Cuba y desempeñado en su capital cargos importantes. Expuesta, ó á medio exponer, su pretensión, nuestro cervantófilo, acudiendo á la prueba acostumbrada, dió algunos pasos hasta la puerta, y gritó:

—¡Aquí, Cipión! ¡Toma, Berganza!

Y mientras acudían los perros, miró al rostro á su visitante. Contra lo sucedido en tales ocasiones, éste se sonreía expresivamente, como entendiendo el busilis de los nombres perrunos.

Alegrósele el alma á Silvela. “¡Al fin he hallado una excepción!”, pensaba. Pero el ex funcionario sonreía, y nada más.

—¿Qué?—preguntóle al fin don Eugenio—. ¿Le han llamado la atención á usted los nombres de mis cachorros?

Y el de la sonrisa respondió:

—En efecto, me ha causado extrañeza una rarísima casualidad: se llaman estos perros como otros dos que tenía un rico hacendado de la Habana, muy aficionado á libros.

—Y, por tanto...—insinuó, ó, mejor dicho, intentó sonsacar Silvela.

—Pues nada—repuso tranquilamente su interlocutor—: ¡que la coincidencia no deja de ser curiosa!

Momentos después se despedía el pretendiente, y á fe que le valió de veras el sagrado de la hospitalidad, pues por él venció mi amigo la mala tentación que tuvo de gritar á sus perros:

—¡Arremétele, Cipión! ¡Berganza, anda con él! ¡¡¡Á ése, que no ha leído á CERVANTES!!!

Tan patente demostración de la supina y general ignorancia acerca de los dos perros que inmortalizó, como á Rocinante y al rucio de Sancho Panza, el Príncipe de los ingenios españoles, tuvo estos días pasados un muy curioso epílogo en la exposición de los proyectos definitivos para el monumento á CERVANTES. Don Lorenzo Coullaut Valera, ilustre escultor andaluz, ha representado en el suyo á los famosos perros de Mahudes, seguro de que no era para preterida la obra cervántica que sigue en mérito al *Quijote*: el sabrosísimo coloquio lucianesco en que Cipión y Berganza discurren y platican más humana y elocuentemente que muchos hombres. Gracias á esos perros, la mencionada obra de arquitectura y escultura ha sido, al par que notable manifestación artística, garlito para pescar ignorantes. Y ¡qué ignorantes algunos de ellos tan tenidos por cultos! Allí se oyó á tal cual escritor modernista preguntar con extrañeza: “¿Qué perros son esos?” Allí dió de ojos algún catedrático de Bellas Artes, é hizo idéntica pregunta, opinando al fin que con los tales perros se habría querido significar la lealtad con que CERVANTES sirvió á su rey; é interrogado cierto pintor de la cuerda acerca de los mismos canes, encogióse de hombros y no supo qué responder. En cambio, un humilde menestral, más avisado y docto que algunos escritores, catedráticos y artistas, se dió cuenta de lo que significaban en aquel lugar los dos nobles animales, si bien equivocara el título de la obra cervantina, llamándola disculpablemente el *Soliloquio de los perros*. Por allí andaba un admirado amigo mío, poeta festivo donde los haya buenos, pereciéndose de risa en ver cómo caían en la trampa canina y disparataban de lo lindo sesudos varones que viven y medran sobre su fama de sabios, y para los cuales



el célebre coloquio de los perros del antiguo Hospital de Valladolid es invención enteramente inédita y tan no saludada como el código penal de los igorrotos.

En esta rápida enumeración de las obras de CERVANTES toca el turno á la más conocida y vulgar de todas: “á una que lo es tanto—dije en otro lugar—, que muchos millares de españoles la saben de coro, como el padre nuestro; á una que no habrá pueblo en la nación, por chico que sea, en donde falte quien la conozca y recite; á una, y ya será harto ciego quien no vea por tela de cedazo, á una que tiene, contados y por junto, hasta diez y siete renglones; á aquella, en fin, de que estaba tan enamorado su propio autor, que, orgulloso de serlo, dijo en el *Viaje del Parnaso*:

“Yo el soneto compuse que así empieza,

”Por honra principal de mis escritos:

”¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!”

“¿Qué atractivo, qué encanto, qué sabor de mielecilla suave y aromática, como labrada de azahar de los naranjales sevillanos, tiene este garrido soneto, que, de muchos años acá, no hay escuela de niños en donde no se lea, ni tratado de poética en que no se estampe por dechado, ni antología en que no figure como sobresaliente? ¿Qué puso y qué veía en él CERVANTES para estimarlo “por honra principal de sus escritos”, cuando ya andaban de molde, por todo el mundo celebradas, la parte primera de *El Ingenioso Hidalgo* y las *Novelas ejemplares*? ¿Cómo y por qué el confiscadísimo soneto—y llámolo así, á estilo de mi tierra, por mejor alabarlo—alborozaba á los muchachos, deleitaba á los adultos, hace sonreír á los viejos, y todavía, transcurridos más de trescientos años

desde que CERVANTES lo escribió, anda de boca en boca, de imprenta en imprenta y de libro en libro, como pajarrillo que va saltando de rama en rama...?"

Estudiado tengo este soneto en un breve opúsculo que intitulé *Una joyita de Cervantes*; mas en él no dije que, aun siendo tan popular como es y tan sabido de todo el mundo (á lo cual ayuda muy poderosamente su brevedad), ha habido caso en que *coram populo*, con ignominia para la investidura de diputado que pretendía corresponderle, cierto elegible y elegido novel, al defender su acta ante el Tribunal Supremo de Justicia, "velando (en oportuna frase periodística) las armas oratorias que había de esgrimir en el Palacio de las Cortes", dijo dos años ha, en un raptó de desatada elocuencia: "Para demostrar qué clase de coacciones hubo contra mí, diré que en cierta ocasión el alcalde de un pueblo y varios sujetos que le acompañaban se me quedaron mirando fiera y amenazadoramente. Pero sucedió lo que en aquellos versos *de no sé quién*:

*"Caló el chapeo, y no hubo nada."*

Félix Lorenzo, excelente periodista, enseñó á este malogrado erudito, padre de la patria, que esas palabras, aun mal dichas, son *de un tal Cervantes*, y es de suponer que á estas horas el que antaño las recordó mal las sabrá tan bien como el más listo muchacho de la escuela.

Tócanos ya tratar de la obra maestra de CERVANTES; de la incomparable historia de aquel sublime loco, pródigo sembrador de doctrina para los más cuerdos. Y preguntaréis: "¿Tampoco es muy leído el *Quijote*?" Desde luego os respondo con vuestra misma palabra: "¡Tampoco!" No es de ahora esta respuesta mía: ya en mi li-

bro intitulado *Luis Barahona de Soto*, escrito en 1897, aunque publicado seis años después, dije: “El mismo *Ingenioso Hidalgo*, con ser lo que es (¡no hay que hacerse ilusiones!), se lee poquísimamente en España. En muchas casas de hombres letrados, ó que por letrados se estiman, no tienen esa obra admirable; en otras, tiénela; pero muy puesta á recaudo, pues juzgan que, *por inmoral*, no es cosa para léida por gente joven; y no ahí quienquiera, sino un inspector provincial de primera enseñanza (maestro de maestros, como quien dice), resistíase ahora ha dos años á que para el ejercicio de escritura de ciertas oposiciones á escuelas se dictara un párrafo del *Quijote*, porque “¡esa obra está anticuada!”

Del mismo mal se quejaba el inolvidable *Clarín*, efusivo ensalzador de todas buenas letras y duro flagelador de los malos escritores. “*Carmen nostrum necessarium*—decía—llamaba Cicerón á las *Doce Tablas*, que los buenos romanos aprendían de memoria. El *Quijote* debiera ser el *Carmen nostrum necessarium* de los españoles. Por desgracia, no lo es. Hay que confesarlo: entre nuestras muchas clases de *decadencia* hay que contar también ésta; decae la lectura del *Quijote*. En los escritores nuevos se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, el mejor que en su género tiene el mundo. Se siguen citando ciertos tópicos quijotescos, las aventuras más sonadas; pero los más se conoce que citan... sin haber leído, como se repiten los refranes *históricos*, sin saber de dónde vienen. Casi siempre se citan las mismas cosas; las más, de la primera parte, y otras pocas de la segunda, que siempre son las mismas. Una *confesión general* de los españoles declarando si han leído el *Quijote entero*, y cuántas veces,

nos daría un dolorosísimo desengaño. Más vale que esa confesión sea, de puro difícil, casi imposible.”

En términos parecidos se expresó doce años ha el famoso *Doctor Thebussem*, don Mariano Pardo de Figueroa, decano de los cervantistas españoles, á quien su avanzada edad ha obligado á asistir como mero espectador en este humilde esbozo de fiestas centenarias cervantinas. Dirigiéndose á su amigo el señor Luigi Visconti, que deseaba saber si el *Quijote* contaba con muchos lectores en España, decíale:

“El resultado de los números es desconsolador. El vulgo sabe que hay un libro con la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, inclinándose á tenerlo por personaje real, más bien que fantástico. Á MIGUEL DE CERVANTES casi lo desconoce. De la turbamulta ilustrada de príncipes y ministros, diputados y senadores, médicos y comerciantes, abogados y militares, funcionarios públicos de alta y baja categoría, burgueses, labradores y propietarios, el mayor número LEYÓ en su mocedad algunos capítulos del *Quijote*, y forma coro de *ora pro nobis* en las alabanzas tributadas al libro y á su autor, dejándose llevar por la blanda y suave corriente de la opinión pública, del mismo modo que encomian el mérito de Lope, Solís y Quevedo, ó de Homero, Dante y Virgilio, sin haberlos visto jamás ni por el forro.

”Del enjambre de bachilleres, licenciados y doctores examinados y aprobados en latín que tenemos en España, hay muchos capaces de traducir á la lengua castellana la significación de *plus ultra*, *orate fratres* y *mater purissima*, y pocos que acierten á interpretar cuatro renglones de Tácito, Juvenal ó Petronio. Y por esta misma ley, aplicada al *Quijote*, si son infinitos los enterados de los

*Molinos de Viento*, del *Yelmo de Mambrino*, de las *Bodas de Camacho*, de *Dulcinea*, de *Rocinante* y del *Rucio*, escasean los que puedan dar razón de los sucesos relativos á *Altisidora*, la *Trifaldi* y *Doña Rodríguez*, ó de quiénes eran *Alonso López de Alcobendas*, *Vicente de la Roca*, *Tenorio Hernández*, *Pedro Martínez*, *Álvaro Tarfe*, *Alonso Marañón* y otros sujetos mencionados en *El Ingenioso Hidalgo*... En resolución—añadía el insigne doctor asidonense—: presumo que, separados los literatos y el millar de individuos que verdadera y concienzudamente han leído y releído el *Quijote*, el resto de España, hasta llegar á sus diez y ocho millones de habitantes, conoce al Hidalgo de oídas..., por referencia... Y DE SEGUNDA MANO.”

Así es, en efecto. El *Quijote*, que fué enteramente popular en el siglo XVII, no lo es hoy, y bien se echó de ver en 1905, al celebrarse el tercer centenario de su publicación. Lo que en la *crónica regional* de la *Revista de Extremadura* se dijo entonces, al tratar de las fiestas cervantinas celebradas en Cáceres, puede aplicarse á España entera. Después de lamentar que el pueblo hubiese brillado por su ausencia en todas aquellas solemnidades, y de advertir que el elemento escolar fué quien salvó el compromiso nacional en la mayoría de las poblaciones, escribió aquel cronista: “El pueblo español no conocía á CERVANTES, y por eso no ha respondido en los festejos ni con su entusiasmo ni con su concurso. Más bien ha demostrado extrañeza por un festival cuya razón de ser no alcanzaba.” Y, estampadas por vía de muestras, unas cuantas chocarrerías frases oídas al vulgo cacereño en el acto de la coronación de un busto de CERVANTES, terminó diciendo: “Los genios tienen sino: el de CERVAN-

TES fué nefasto. ¡Ni la muerte ni el tiempo transcurrido lo han cambiado!”

No logran mejor fortuna el *Quijote* y su autor entre las clases algo instruídas. Mientras que cierta señora andaluza, noticiosa de que junto á la sima de Cabra se había perpetuado, inscribiéndolo sobre la roca, el recuerdo de una mención cervantina, preguntaba con extrañeza: “Y ¿no tuvo don Quijote otro sitio en que enterrarse?”, un rico labrador, asimismo andaluz, oyendo hablar repetidamente en el casino de su pueblo del autor de *El Ingenioso Hidalgo* y de Barahona de Soto, sacó en claro que este poeta “fué muy amigo de Quijote”; y un maestro de escuela manchego, “de cuyo nombre no quiero acordarme”, pero sí de que no anda muy lejos de Almodóvar del Campo, enseña á sus discípulos que CERVANTES fué el inventor de los molinos de viento.

Pero ¿qué digo de un pobre maestro rural? Muchos hombres que han cursado estudios universitarios y lucen ó pueden lucir la muceta y el birrete de licenciados ó doctores están tan ayunos en esta materia como el maestro de junto á Almodóvar y el mencionado labrador andaluz. En otro lugar he dicho que no hay que fiar de cuantos afirman que han leído el *Quijote*..., “porque se miente más que se lee. Bien que hasta ese mentir—agregué—patentiza el gran mérito de la portentosa novela cervantina: aun á los poco aficionados á las letras háceseles bochornoso y como caso de menos valer el confesar que no la han leído. ¿Con qué otro libro acontece lo propio?” Oid lo que sucedió años ha, hablando yo con unos amigos, licenciado el que menos. Pasábamos la tarde en ligera y alegre conversación, y en una hora escasa habíamos charlado de cien cosas diversas. Vino á cuento el *Quijote*,

y lo de siempre: uno lo había leído siete ú ocho veces y ya empezaba á releerlo una más; otro tenía perdida la cuenta de las que lo repasó de punta á cabo; quién manifestaba tenerlo perdurablemente en su mesilla de noche y no dormirse ninguna sin leer un par de capítulos, y quién se había destetado balbuciendo en los brazos del ama aquello de “La del alba sería...” En suma, á creer á pie juntillas lo que decían unos y otros, era yo, entre los simpáticos contertulios, el que menos familiarizado estaba con la novela de CERVANTES. Con todo esto, parecíame, sin saber á punto fijo por qué, que aquellos mis estimados amigos exageraban un tantico su afición cervantina.

Pasó un rato; se habló de política, de chismografía local, de la comedia recién estrenada, y de cosa en cosa vino á parar la plática en relatar algunos cuentecillos. Cada cual iba diciendo el suyo, y de aquí tomé pie para probar si aquellos apasionados de CERVANTES habían leído el *Quijote* tanto como pregonaban. Contéles mondo y escueto aquello que refiere el buen Hidalgo acerca de la “viuda hermosa, moza, libre y rica” que estaba enamorada “de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo”. Todos me escuchaban atentamente, y en llegando al desenlace, que, á la verdad, es picantillo, mis hombres se echaron á reir á carcajadas. Entonces tomé el sombrero para irme, y les dije sonriendo:

—Señores, el cuentecillo no es mío, sino de CERVANTES: parte primera del *Quijote*, capítulo XXV.

Y ahí, como por encanto, acabó la risa, con la cual todos quedaron por embusteros en lo de tanto leer *El Ingenioso Hidalgo*; bien que al día siguiente cada uno de ellos me aseguraba que él recordaba bien el pasaje, y que

sólo se había reído de la risa de los demás y de la facilidad con que yo hice patente que mentían.

Aún, en estos meses pasados, se han oído por dondequiera especies bien ridículas acerca de CERVANTES y de sus obras. Un señor de mucho copete se alababa entre sus amigos de poseer un *Quijote incunable*; otro sujeto había tenido y regalado un *Quijote* impreso en el reinado del emperador Carlos V; y en cierta provincia, no diré si del norte ó del sur de España, una persona investida de alta autoridad, preguntaba desdeñosamente: “¿Á qué tanto ruido por un hombre *que ya va á hacer cien años* que se murió?” Cosas como éstas son más para sonrojarse que para reir, y no sin sentir bochorno hemos leído los verdaderos amantes del honor y la gloria de España las siguientes palabras del muy docto hispanista señor Foulché-Delbosc, publicadas en la información periodística que *El Imparcial* intituló *Don Quijote en París y en las trincheras*: “Aún hoy—y ando muy lejos de olvidar la enorme contribución de los eruditos españoles al conocimiento de la obra y de su autor—estoy por asegurar que fuera de España es en donde CERVANTES cuenta *con mayor número de devotos conscientes*.”

Llegados á este punto de mi disertación, se me podrá objetar, y acaso está pasando por vuestras mientes esta idea: “Si tan poco se lee el *Quijote*, ¿cómo cada año se publican y se van vendiendo nuevas ediciones? ¿Para qué se pueden comprar sus ejemplares sino para leer el famoso libro cervantino? Tal razonamiento, convincente á primera vista, no lo es mucho cuando en él se medita despacio. Algo se adelanta, sí; algo más se lee hoy á CERVANTES que se leía al comenzar este siglo, gracias principalmente á la celebración de los dos centenarios, el de la



publicación del *Quijote* y el de la muerte de su autor; pero no creáis como artículo de fe que la compra de un ejemplar de la llamada *biblia profana* sea fianza segura de que ha de ser leída. La baratura del libro en unos casos, el lujo de su impresión y encuadernación en otros, y en éstos y en todos el generoso pensamiento de leerlo, ó el mero propósito de tenerlo en casa para poder decir con verdad que se posee, llevan el *Quijote* á muchos estantes, condenado de por vida á no salir, ó á salir por momentos muy contados, de la prisión en que le estrechan otros libros que padecen igual cautiverio.

Y en los pocos casos en que no sucede así de todo en todo, ¡cuántas veces se comenzó á leer la peregrina historia del Hidalgo Manchego sin pasar de los primeros, ni aun del primer capítulo! ¡Cuántos lectores dejaron de la mano este libro admirable antes que el Ama y la Sobrina, y el Cura y el Barbero, lleguen á dar al través con los que sorbieron el seso á don Quijote! Reparad en los ejemplares de la novela inmortal que halléis á vuestro alcance, y veréis cuán pocos son los que tienen señales de usados, excepción hecha de sus primeras hojas. Los lectores no pasaron de ahí; aburrieron la tarea; fracasó una, dos y más veces el noble intento. “Y mirado el asunto á buena luz—dije en el prólogo de la primera de mis ediciones del *Quijote*—no se ha de abominar de los que empiezan y no acaban de leerlo: antes merecen disculpa, y, lo que es más todavía, tienen buena justificación; que no es para todos los entendimientos de hoy esta lectura, ni se puede exigir á nadie que lea hasta el cabo lo que no entiende bien y se enamora de bellezas que no acierta á ver claramente, y en ocasiones, ni á columbrar siquiera.” Amén de esto, á todos interesa más lo de hoy que lo

de ayer, y, como ha escrito Amado Nervo en una de las espirituales crónicas que suele publicar en *La Nación*, de Buenos Aires, “cuando un autor se vuelve clásico, consagrado, cuando entra con pie firme en la inmortalidad, ya nadie se ocupa en leerlo... Todo el mundo sabe que escribió tal ó cual libro *impercedero*, y como tal libro es impercedero, se le deja en los estantes de las bibliotecas dormir el tedioso sueño de la eternidad... Si acaso, en las crestomatías se reproduce tal ó cual página...”

Para vosotros, expertísimos catedráticos los unos, y los demás, discípulos estudiosos que honraréis mañana el profesorado español, he escogido el asunto de esta conferencia. No puede remediarse un mal sin que se le conozca previamente, y aquí he venido á denunciarlo, prescindiendo de toda suerte de eufemismos y perífrasis. Se lee muy poco á CERVANTES, al emperador de nuestra habla nacional, la más noble, sonora y rica del mundo, y en las manos de los que esta tarde me honran con su benévola atención está el remedio que todos anhelamos; porque el insigne escritor señor Burell, habilísimo cincelador de la frase castellana y privilegiado entendimiento que para bien de la cultura española es ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, puede lograr con sólo una firma que sea obligatoria la lectura del *Quijote* en las escuelas; y vosotros, maestros y discípulos, profesores de hoy y de mañana, coadyuvaréis patrióticamente á esta obra de decoro nacional.

Agricultores sois; labráis los campos más feraces: los entendimientos de la juventud; unos seguiréis cuidando con celo escrupuloso de la conservación y mejoramiento de este importantísimo plantel de enseñanza, que tanto beneficia á la nación entera, y á cuyo frente, por acertada

delegación de S. M. el Rey, se encuentra, siempre inteligente y activísimo, el señor Marqués de Retortillo; los otros, como un apostolado, os repartiréis, llegada la hora, por todas las regiones de España para propagar la buena semilla que de aquí tomasteis. Predicad con vuestro ejemplo; leed y haced que se lea y se relea á CERVANTES; que, logrado esto, el entenderlo y venerarlo cosas son que se darán de añadidura.

Debemos al genio sin par del autor del *Quijote* la pingüe herencia de su gloria; debémosle el esplendor y la fama universal de nuestra lengua, hablada por más de veinte naciones cultas y llamada en todo el mundo, para legítimo orgullo nuestro, *la lengua de CERVANTES*. Difundidla, sembradores generosos, haciendo leer las obras del maestro inmortal, á fin de que cuando llegue el año de 1947, cuarto centenario del nacimiento del Príncipe de nuestros ingenios, no falte quien al disertar sobre el mismo tema de que hoy he tratado, termine con estas palabras:

“Felizmente, es CERVANTES el autor más leído de cuantos escribieron en castellano.”







ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA CONFERENCIA  
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA "REVISTA DE  
ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS"  
EL DÍA 31 DE MAYO DE  
M. CM. XVI



















150153

LS.

Cervantes Saavedra, Miguel de

C419

Author Rodriguez Marin, Francisco.....Yrodris

Title Se lee mucho á Cervantes......

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

